

tiempo de su ascension á los cielos, y deseaba verla. El deseo tomó todo el ímpetu y toda la intensidad naturales de su exaltada complexion. No podia irse de allí, no, sin adorar el sagrado sitio y poner los labios donde Cristo pusiera las plantas. Encendióle aquel deseo la sangre y la sangre le movió la voluntad como los grandes golpes de agua mueven las máquinas. Hurtóse á sus compañeros los peregrinos y á sus superiores los frailes; y sin mas precaucion, dirigióse á la colina. El gobierno de Jerusalem disponia que ningun cristiano pudiera entrar en los sitios y edificios sagrados, sino acompañado de un turco de guarda. Iban estos turcos en compañía de los peregrinos para impedirles así las asechanzas provinientes del fanatismo de los infieles como las asechanzas provinientes de la rivalidad entre las sectas cristianas. El prescindir de tal compañía era tanto como un desacato á la autoridad oficial; y el cometer un desacato á la autoridad oficial era tanto como atraerse una muerte indudable.

No pensó en esto San Ignacio. Despues de haber obedecido al Prior, en quien delegara su autoridad el Papa, no se creia obligado á obedecer ninguna otra autoridad sobre la faz del planeta. Daba por su ciega sumision á los mandatos eclesiásticos la prueba cierta del afecto á sus doctrinas y á sus ejercicios, glacial indiferencia le sobrecogia y le dominaba en todo lo relativo al mundo y sus poderes. Luego, ir al Monte de las Olivas para contemplar la tierra unguida con la sangre de Cristo y las huellas de los divinos piés en las piedras con un turco al lado, equivalia en su pensamiento á ir junto al mismo Judas que vendió al Salvador y le traicionó y entregó en aquel predestinado sitio. Rezar, macerarse, oír sobrenaturales voces, rendirse á extáticos trasportes junto á infiel que se reiria de sus devociones y de sus ideas, parecíale tormento insufrible á la poquedad de sus fuerzas, aunque lo padeciera por nuestro Señor Jesucristo.

Exigíase alguna ofrenda para entrar en los varios lugares santos. Y no teniendo nada suyo Ignacio, dió para su ingreso, á los guardas, las tijeras y el cuchillo de una escribanía monacal. Echaron bien pronto de menos los monjes los cachivaches y mucho mas de menos echaron al exaltado peregrino. Inútil decir que vieron inmediatamente despues de su ausencia los riesgos que corria él de perder la vida, los riesgos que corrian ellos de perder la re-

sidencia, por tal increíble temeridad. Además de los turcos de guarda, por aquel entonces existian los cristianos de Cintura. Llamábanse así, con tan extraño nombre, una clase dependiente de los monasterios, y adscrita por costumbre á los peregrinos, quien les conducia á todas partes y les fiaba de seguro ante las autoridades turcas. Confesemos que para ir tanta gente fanática y exaltada, menospreciadora del mundo, curtida en toda clase de peligros, entre las sirtes de las supersticiones diseminadas por Jerusalem y fecundas en terribles asechanzas, necesitábase tomar todas aquellas precauciones y circuir á los peregrinos de todos aquellos fiadores. Cuando ya el convento se creia próximo á verse libre del hombre que lo habia casi hecho zozobrar con sus temeridades, como el huracan á la nave, hallóse con aquella inexplicada salida y con aquel nuevo accidente. ¿Quién les aseguraba que Ignacio no hubiera dicho alguna palabra imprudentísima ó no hubiera hecho algun gesto inconveniente, que trajera, como en tantas otras ocasiones, matanzas, cuyos cruentos recuerdos justificaban todas aquellas naturales zozobras? La solidaridad de las creencias entre los fieles de una misma religion se veia por la solidaridad de los peligros. El error y el pecado de uno solo podia recaer sobre la seguridad y la vida de todos, bien poco importantes para quien admitia, allá en sus deliquios ascéticos, la necesidad de la purificacion por el martirio. El peligro resultaba evidente, y el temor justificadísimo.

Así el cristiano de Cintura, fiador de los peregrinos, echóse á la calle airado en busca de Ignacio fugitivo, al clamoreo de toda la comunidad que lo veia en trance de muerte á él y se veia en trance de inevitable persecucion á sí misma. Salió el hombre por todos aquellos sitios y recorriólos jadeante, sudoroso, inquieto, con la lengua fuera de la boca y el temor dentro de las entrañas. Por fin, al llegar al sitio mas peligroso y de Ignacio mas querido, allí donde habia mas guardas, por lo mismo que habia mas riesgo, dió el enviado de la comunidad con el santo, por quien le enviaban. Verlo y perder la luz de los ojos, fué obra de un momento. Perder la luz de los ojos y sentirse como ebrio de ira, obra tambien fué de otro rapidísimo instante. Sentirse asaltado por la ira y enarbolar el grueso baston que llevaba en la mano, tambien fueron dos movimientos identificados y confundidos en aquel mismo segundo. El baston cayó sobre las espaldas del santo que ninguna resistencia

opuso á las brutalidades del mandadero, antes bien las aceptó como una prueba mas por el cielo deparada, con el fin de que mostrase otra vez mas su paciencia. Cogiéndolo del brazo con furia, y amenazándole repetidamente con nuevos bastonazos, empujóle hácia el convento, que los recibió con regocijo, resolviendo no detener ni un minuto mas á tan peligroso peregrino. Y en aquel mismo dia lo despidió para las costas del Asia Menor y lo dejó abandonado á su triste suerte.

Era el regreso de Ignacio por la estacion del invierno y hasta en aquellos ardientes climas sentíase mucho el frio y nevaban las nubes. La desnudez del santo daba horror. Ni siquiera conservó la burda túnica de peregrino que vistiera en las penitencias de Montserrat y que llevara por las calles de Italia. Unos pobres zaragüelles de tosco lienzo, los cuales apenas le llegaban á la rodilla, un juboncillo tan destrozado que no daba muestras de sí mismo con sus innumerables rotos y agujeros, una corta ropilla de ruin paño raído, componian todo el ajuar con que aquel hombre desafiaba las inclemencias de los elementos. Para mayor desgracia, deshecha tempestad volvió á sobrecojerle por aquellos mares á la sazón muy encrespados, á los rigores del invierno y á la furia de los vientos. Tres embarcaciones zarparon al mismo tiempo de Chipre, y de las tres, solamente la suya, inferior y parecida por lo débil á un esquife, llegó al puerto de la Pulla y del puerto de la Pulla al puerto de Venecia, saltando en tierra á mediados del mes de enero en el año 1524. Y con esto concluyó su peregrinacion á Tierra Santa, de donde trajo mayor resolucion aun y mayores propensiones á consagrarse con toda su alma y todo su cuerpo á la obra ideada en las vigiliass de Azpeitia.

El espectáculo de la Ciudad Santa no enseñó á Ignacio todo cuanto debia enseñarle. Aquellas tres religiones tan diversas, el Cristianismo, el Mahometismo, el Judaismo confundidas en el principio sublime de la unidad de Dios; aquellas tradiciones bíblicas que pasaban desde los Profetas hebreos lo mismo á los libros del Evangelio que á los libros del Koran; aquella mezquita de Omar alzada frente á frente de la basílica del Santo Sepulcro, recibiendo tambien oraciones é inspirando tambien consuelos; aquellas sectas cristianas, unas cismáticas, otras herejes, algunas gnósticas, compuestas todas ellas de razas contrarias que con tradiciones contradictorias adoraban igualmente la

persona de Cristo; el copto de las orillas del Nilo, el armenio imbuido en las supersticiones del Asia Menor, los griegos, aspirantes en su orgullo á una supremacía ortodoxa, los católicos, viviendo sin necesidad del Santo Oficio ni del romano Imperio, las iglesias edificadas con piedras desprendidas del templo de Salomon, las Aljamas y los conventos y las Sinagogas en el mismo espacio, las guarniciones turcas ó infieles guarneciendo los Lugares Santos, las órdenes monásticas pactando con los santones mahometanos, todo esto debia decirle que la variedad de las creencias y de las ideas resulta de la misma naturaleza del espíritu y que la soberbia y la grandeza del organismo por él ideado contra la tolerancia y la libertad, habia de venirse á tierra necesariamente rendido á su propia colosal pesadumbre: que ninguna obra histórica prevalece cuando va contra la esencia misma del hombre y contra la voluntad expresa del cielo.